

Infancia y revolución en el PRT-ERP

Peller; Mariela

Facultad de Ciencias Sociales,
Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género,
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

En esta presentación me abocaré al estudio de algunas cuestiones relativas a los vínculos entre infancia y revolución en la militancia en el PRT-ERP en la Argentina de los años setenta. Quisiera comenzar con la descripción de tres escenas que a mi entender condensan dicha problemática.

El 29 de marzo de 1976, cinco días después del golpe de Estado, se llevó a cabo una reunión del Comité Central del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en “La Pastoril” una quinta en Moreno, Provincia de Buenos Aires, de la que participaron más de 50 dirigentes (del PRT y de otros movimientos revolucionarios latinoamericanos), algunos de los cuales estaban con sus hijos. A las 14:30 horas, el evento fue interrumpido por el ataque de las fuerzas policiales y del ejército. Había un plan de evacuación. Primero salieron Mario Santucho, Benito Urteaga, Domingo Menna y los demás integrantes del Buró Político del PRT junto a invitados de otras organizaciones; después saldrían los miembros del Comité Central; y últimos, los encargados de la contención y la logística.

Como consecuencia del trágico episodio dentro del perímetro de la quinta murieron cuatro militantes del PRT-ERP. Pero hubo ocho desaparecidos más, algunos de los cuales aún no se conoce la suerte que corrieron, incluso no se han podido certificar los datos filiatorios de algunos. Entre ellos se encontraban Juan Santiago Mangini, el “Capitán Pepe”, Jefe de Inteligencia del PRT-ERP, que cayó en las inmediaciones de la quinta, y su mujer Leonor Inés

Herrera, “Claudia”, quienes tenían una hija Florencia, que estaba presente en la reunión y sobrevivió al episodio.³¹⁷

Más de veinte años después, la novela testimonial *Los compañeros de Rolo Diez* (2000), quien fuera militante del PRT-ERP, narrará este acontecimiento. Un diálogo entre los personajes Roberto y Mariana (una pareja de militantes que tienen un hijo), tras la muerte del Capitán “Pepe” y de “Claudia”, pone en el centro de la reflexión la cuestión de la presencia de los niños en esa reunión³¹⁸:

Ahora tomo mate y deambulo por la casa. No puedo compartir nada con una mujer que llora, y me irrita que la utilice a Claudia para llorar y apiarse de ella misma.

—No la conocías, Mariana. Nunca la viste —le digo brutalmente, una hora después, exasperado. Ella me mira con el rostro descompuesto. El amor se bate en retirada.

—Nunca la había visto pero sabía cosas de ella. Además pienso en la nena.

La nena... La hija de Pepe y Claudia: Florencia, de dos años. ¿Qué habrá pasado con ella? (Diez, 2000:81).

Una tercera escena se refiere a los diálogos que, en su film documental *Encontrando a Víctor* (2004), Natalia Buschtein, directora y guionista del film, mantiene con su madre, Shula Erenberg. Natalia es hija de Víctor Bruschtein militante del PRT-ERP, desaparecido el 19 de mayo de 1977. El documental exhibe la búsqueda que ella realiza para comprender la elección de su padre por la lucha armada, que lo puso en situación de riesgo y que de alguna forma, según la perspectiva del film, lo condujo a la muerte. En uno de los interrogatorios mantenidos con su madre, Natalia le realiza una serie de incómodas preguntas: “¿Nunca tuvieron miedo de que pase algo?”, “¿no tuvieron miedo a que el hijo

³¹⁷ Existe una causa penal que investiga los hechos ocurridos en la quinta “La Pastorel”, por la cual, el comisario retirado Omar Hernández, quien estaba a cargo de la Comisaría de Moreno en ese momento, está imputado.

³¹⁸ En su relato testimonial brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta (al que me dedicó en detalle más adelante, Eduardo Anguita, ex militante del PRT-ERP, también se referirá a este episodio, ubicando como primordial en su balance acerca de la militancia lo sucedido con Florencia y la responsabilidad que poseen los militantes de darle explicaciones y respuestas a los hijos de los desaparecidos (Memoria Abierta, 2001).

quede huérfano?”, “¿no es para nosotros más saludable tener a un padre vivo?”, “¿por qué nuestros padres prefirieron quedarse en la militancia que quedarse con sus hijos?”. La secuencia entraña no sólo un pedido de explicaciones sino también un fuerte reclamo por las elecciones políticas y personales, que trajeron consecuencias devastadoras en la vida familiar.

Estas tres escenas —el hecho trágico sucedido en la quinta “La Pastoril”, los militantes de la novela de Rolo Diez trayendo al centro del debate la cuestión de la presencia allí de los niños y, finalmente, los cuestionamientos de Natalia a su madre militante— son fragmentos de una trama mayor acerca de los vínculos entre infancia y revolución, sobre los que se adentra este trabajo.

A partir de este marco, analizo los modos en que niñez y militancia se relacionaron en el PRT-ERP. El texto está dividido en tres secciones. La primera estudia las formas en que el discurso de la prensa del partido representó a los niños en el marco de la guerra revolucionaria, borrando las distancias entre éstos y los adultos. La segunda sección aborda las prescripciones presentes en los documentos internos referidas al modo en que los militantes debían criar a sus hijos para que éstos realicen la revolución en el futuro. La tercera parte examina relatos testimoniales de militantes (pertenecientes al Archivo Oral de Memoria Abierta) focalizando en el modo en que la cuestión de los hijos aparece en las narraciones como eje a través del cual los militantes reflexionan acerca de su responsabilidad en los actos del pasado. Es decir, el tópico de los hijos se presenta como un eje central a través del cual los protagonistas de aquél período generan pensamientos (más o menos reflexivos) sobre la política revolucionaria de los setenta. Esta centralidad que cobra la dimensión de los vínculos filiales cuando se trata de dar cuenta de la militancia y de sus problemáticos devenires, expresa que lo cotidiano y lo privado tuvieron un importante rol en la escena política y militar.

Los niños y la guerra

A diferencia de lo que sucede con los combatientes varones adultos, las niñas y los niños suelen ser incluidos en la prensa como un tema de los artículos pero no como enunciadores de discursos³¹⁹. La publicación *Estrella Roja* en la

³¹⁹ Como he analizado en mi tesis de doctorado (Peller, 2013) lo mismo puede observarse para el caso de las figuras femeninas presentes en la prensa. Conclusiones similares también se pueden observar en Oberti (2011).

sección “Relatos de la Guerra Revolucionaria” narra una variedad de episodios de guerras y revoluciones (Vietnam, Rusia, Colombia), protagonizados por niños y adolescentes, acompañados de fotografías con niños con armas, como modo de exhibir su valentía.

La interpretación de estos artículos es compleja no solo porque conduce a pensar sobre los modos en que la prensa del PRT-ERP representaba los vínculos entre infancia y lucha armada sino porque requiere una referencia ética sobre los modos de representación de la niñez, la violencia y la política.³²⁰ Sandra Carli (1999) destaca que en el siglo XX el niño se constituyó en metáfora de las utopías de cambio social, comenzando a partir de la modernidad a ser entendido como heredero de un porvenir. Los imaginarios modernos de cambio cultural y social favorecieron la significación de la infancia como germen de la sociedad política futura y de la escolarización como garantía de progreso.

Algo de dicho imaginario que entendía a los niños como los herederos de la revolución está presente en los discursos de la prensa PRT-ERP, pero sin ser desarrollado allí extensamente. Será en los documentos de circulación interna como “Moral y proletarización” (1972)³²¹ donde el tópico de los hijos como herederos de la revolución cobre mayor relevancia.

Las imágenes de la prensa conducen hacia la supresión de la diferencia entre niñez y adultez, el niño queda en muchos casos igualado con el adulto.

³²⁰ Casi inexistente es la bibliografía referida al lugar ocupado por los niños en la política de las izquierdas argentinas y menos si se trata de la década del sesenta y setenta. En 1987 Dora Barrancos publica un trabajo sobre “Los niños proselitistas de las vanguardias obreras” donde analiza las tareas que los socialistas y anarquistas de comienzos de siglo XX les hacían desarrollar a los niños. La bibliografía es más amplia cuando se trata de los vínculos entre infancia y peronismo, para este caso se puede consultar el trabajo de Isabella Cosse (2006). En contraste, tanto en la literatura narrativa (ensayística y ficcional) como en el cine se ha conformado recientemente una serie de obras que, producida por hijas e hijos de militantes y desaparecidos, tienen como tema central los vínculos entre infancia, violencia y política en los años sesenta y setenta. Entre esas obras se destacan las novelas *La casa de los conejos* (2008) de Laura Alcoba y *Pequeños combatientes* (2013) de Raquel Robles; los textos ensayísticos *Diario de una princesa montonera* (2012) de Mariana Eva Pérez y *¿Quién te creés que sos?* (2012) de Ángela Urondo Raboy; y los films *Los rubios* (2003) de Albertina Carri e *Infancia clandestina* (2011) de Benjamín Ávila.

³²¹ “Moral y proletarización” ([1972]2004/2005) es un documento publicado en la revista *La gaviota blindada* editada por los militantes del PRT detenidos en la cárcel de Rawson hacia julio de 1972. El texto fue escrito por Julio Parra, seudónimo de Luis Ortolani, que en ese momento era dirigente del PRT. Este documento fue material de estudio partidario y se convirtió en una especie de manual para la militancia.

Si bien estos niños guerreros no están en condiciones de tomar la palabra, es un adulto quien narra su historia, si están, en cambio, capacitados para realizar otras acciones de adultos, como manejar armas. Por ejemplo, “Un palmo de tierra” (*Estrella Roja*, N° 59) cuenta la historia de un niño ruso que fue enviado al campo de guerra enemigo alemán en búsqueda de información sobre la fecha y el lugar del próximo ataque. Este texto es acompañado de dos fotografías: la primera, de dos niños sonrientes que cargan grandes pedazos de metal posee el siguiente epígrafe: “Los chiquillos, arriesgando a menudo sus vidas en los campos y bosques que no habían sido aún limpiados por completo de minas, recogían chatarra, que era muy necesaria a las fábricas que trabajaban para el frente”; la segunda, presenta a un niño ruso con un fusil casi de su misma altura.

Este artículo, como otros presentes en la prensa³²², transmite una estimación positiva de la participación de los niños en los avatares de la guerra revolucionaria y una celebración del uso de armas por parte de éstos. Estos relatos construyen narraciones de tipo pedagógico, argumentando por medio del recurso del ejemplo a seguir y acortan las distancias entre infancia y adultez, al exhibir a unos niños guerrilleros. Sin embargo, es llamativa la presencia de este tipo de narraciones en las que los niños asumen tareas de guerra, porque no parece haber sido el caso del PRT-ERP, ni de las izquierdas argentinas en general. Los hijos de los militantes no parecen haber estado implicados en tareas revolucionarias de modos explícitos, si bien corrieron peligros y fueron testigos de muchas acciones, no tuvieron un protagonismo propio. No fue la línea política del PRT-ERP incorporar a los niños en las tareas de la lucha armada, sino que más bien quedaban implicados solamente por compartir la vida cotidiana con sus padres y madres militantes.

De estos avatares cotidianos de los hijos de militantes no hay referencias en la prensa. Pareciera que el lugar de los niños como hijos de militantes fuera eludido, generando cierta omisión de las maternidades y las paternidades. En suma, se puede sostener que en el discurso construido desde la prensa no hay ni una reflexión sobre los problemas cotidianos de la familia militante ni una propuesta pedagógica fuerte alrededor de la infancia.

A diferencia de las vanguardias obreras anarquistas y socialistas de prin-

³²² Otros relatos de este tipo se pueden consultar en los artículos “Relatos de la Guerra Revolucionaria: Vietnam. Nacida en la lucha” (*Estrella Roja*, 46, 1974: 7-8) y “Relatos de la guerra revolucionaria: Los niños guerrilleros. Colombia” (*Estrella Roja*, 40, 1974: 10-11).

cipios de siglo XX que, según Dora Barrancos (1987), tenían un proyecto pedagógico preciso alrededor de la infancia, el PRT-ERP no parece haber tenido una propuesta formalizada. Los hijos de padres y madres militantes de las vanguardias de comienzos de siglo pasado realizaban tareas proselitistas: participaban en acciones de propaganda, difusión y entretenimiento obrero. Realizaban actividades como cantar, actuar, recitar, animando veladas, fiestas y actos políticos. Estas actividades se sostenían sobre un concepto de infancia que debía ser moralizada y entroncaban con una visión “redimista” de la sociedad. El niño representaba una nueva ética y la ruptura de un orden social perimido, que debía ser superado (Barrancos, 1987: 4). Fue así, que los socialistas y anarquistas no sólo fomentaron la participación de los niños en tareas proselitistas de adoctrinamiento; sino que también se ocuparon de realizar proyectos pedagógicos formales. Destacándose la creación de instituciones educativas alternativas como fueron las Escuelas Laicas y la organización de las denominadas “matinées infantiles”, que se realizaban para la conmemoración del 1º de mayo.

El PRT-ERP no parece haber tenido una propuesta educativa formalizada para los hijos de los militantes ni haber puesto en práctica actividades con intenciones pedagógicas. No propuso tareas específicas para que realizaran los niños ni organizó actividades formativas ni educativas. A los hijos de los militantes sólo les correspondía acompañar —término más bien impreciso— a sus madres y padres en la militancia. No obstante, algo de la idea redimista sobre la infancia presente en la pedagogía socialista y anarquista persistió en sus discursos.

Sobre este tema el PRT-ERP pareciera haberse diferenciado de la agrupación Montoneros, la cual realizó actividades recreativas y didácticas para los niños, conformando una propuesta pedagógica más formalizada. Por ejemplo, la Agrupación Evita, ejecutaba tareas vinculadas al cuidado de la niñez y de la familia, como programas de salud, actividades de recreación y educación infantiles y el mejoramiento de las condiciones habitacionales de familias humildes. También se organizaron campamentos vacacionales y jornadas de juego para los niños. Asimismo, una de las obras más importantes fue la fundación de un jardín de infantes en la actual Villa de Retiro (Karin Grammatico, 2011).³²³

³²³ Otra importante herramienta pedagógica, realizada por la conducción de Montoneros, fue la puesta en funcionamiento de una guardería para niños en Cuba. El lugar fue organizado en

Herederos de la revolución

Fue en el contexto de una reflexión acerca de la subjetividad revolucionaria que los tópicos referidos a la vida en pareja, a la familia, a la crianza de los hijos y a las mujeres integraron el documento “Moral y proletarización”, que luego se convertiría en una especie de *manual para el buen militante*. Como se ha señalado, el documento contenía prescripciones y normativas relativas a los modos de organización familiar, a la distribución de tareas domésticas y a la crianza colectiva de los hijos. Dicha argumentación sobre el modelo familiar es inseparable de la definición y del lugar que ocupa la figura del hombre nuevo en el proceso revolucionario. A partir de estos argumentos, la familia se presentaba como una estructura necesaria en el proceso revolucionario.

En cuanto al tema de la crianza de los hijos se prescribían varias cuestiones. En primer lugar, se discutía con la idea de que tener hijos limitaba a los revolucionarios. Muy por el contrario, según el texto, el revolucionario sólo será tal si es un “ser humano completo”, completitud que se alcanzaría con la paternidad y la maternidad: “el hecho de ser un buen padre o madre no se contraponen sino que se complementan con la formación de un revolucionario cabal” (MyP: 100).

Si el mantenimiento de la institución familiar en la etapa de transición (y también en la posterior socialista) se fundamentaba en el reconocimiento de su capacidad positiva de transmitir la moral revolucionaria (a pesar de que la familia burguesa estaba fuertemente ligada al modo de vida capitalista), cuando se trataba de prescribir la maternidad y la paternidad, el fundamento es la biología. En este punto, no la cultura la que fundamentan la persistencia de dichas estructuras sino lo “natural” e “instintivo”.

Si procrear y parir hijos es “natural”, no lo es temer por ellos. El temor es presentado como una manifestación del “individualismo burgués” y no como una consecuencia de las cargas o responsabilidades parentales. En este sentido, el documento sostiene que “Los hijos de los revolucionarios deben compartir todos los aspectos de la vida de sus padres, incluso a veces los riesgos. (...) La hermosa imagen de la madre vietnamita que amamanta a su hijo con

La Habana para preservar la vida de los hijos de los militantes que volvieron al país en el marco de la contraofensiva, si bien supuso principalmente velar por la seguridad de los niños, implicaba también un proyecto ideológico y pedagógico alrededor de la infancia. Sobre la guardería se pueden consultar el libro de Analía Argento (2013) y el artículo de Cristina Zuker (2005).

el fusil a su lado (...) es todo un símbolo de esta nueva actitud revolucionaria ante los hijos” (ibid.101).

Como sucedía con la pareja (que debía llevar adelante un “estilo de vida comunitario”) las tareas de cuidado de los hijos deberán ser compartidas entre el padre y la madre (en pos de la igualdad entre los sexos) como también entre los compañeros de militancia. La crianza de los hijos “es una tarea común de la pareja y no sólo de la pareja sino del conjunto de compañeros que comparten una casa” (ídem). Esta disposición de la vida doméstica se relacionaba con la estructura de funcionamiento de la organización pero, al mismo tiempo, existía el supuesto de que allí comenzaría a gestarse el socialismo y el *hombre nuevo*.

Pero si bien se intenta generar una apertura hacia una colectivización de la crianza, prácticamente en el mismo acto enunciativo se reenvía esa tarea hacia la figura de la madre. En este caso la madre vietnamita, que la prensa partidaria ya había presentado como uno de los modos de figuración del cuerpo femenino. Como ha señalado Alejandra Oberti (2004/2005) esta “estetización de la violencia” presente en la descripción de la madre vietnamita al anudarse con una fuerte noción de sacrificio, daba como resultado un modo de compromiso subjetivo con la revolución que excedía cualquier idea de cuidado de sí por parte de los militantes.

Si por un lado, el texto quiere proporcionar elementos para organizar una vida en común en las células y las casas operativas, intentando desnaturalizar cuestiones relativas a los roles de género y a la crianza de los hijos³²⁴; por otro, ese intento es inmediatamente clausurado mediante la primacía y exaltación de la figura de la madre. Asimismo, los mandatos a seguir –máxime cuando se trataba de los hijos– se presentan como excesos incapaces de ser cumplidos por los sujetos, ¿puede una madre o un padre, aunque sea un revolucionario, no temer –no ya por la propia vida– sino por la de sus hijos? Como analizo en la próxima sección, la responsabilidad por los devenires de

³²⁴ En relación con la crianza colectiva el texto argumenta mediante una experiencia de “nuevos modelos de vida comunitaria” llevada adelante en Cuba (en la Isla de los Pinos), en la cual se practicaba la crianza común de los niños. esta experiencia satisfactoria, continua argumentando “Moral y proletarización” demuestra en la práctica aquello que la psicología ya había demostrado teóricamente: los niños no requieren de un padre o una madre biológicos sino de adultos que asuman “la imagen del padre y la madre”, imágenes que pueden ser asumidas por otros adultos y que son intercambiables (Ortolani, 1972: 101).

los hijos (propios y ajenos) es una de las cuestiones principales alrededor de las cuales los militantes en sus testimonios dan respuestas (responden y se responsabilizan) por sus actos del pasado.

Finalmente, en relación con los hijos el documento los situaba como las futuras generaciones que construirían el socialismo. Su crianza era fundamental dada la envergadura de su misión futura. Legado inmenso: herederos de la revolución, son “las futuras generaciones revolucionarias, las que tendrán sobre sus hombros la tarea de construir el socialismo (ídem).

Este modo de entender los legados familiares presenta líneas de continuidad con el lugar que el sistema capitalista y patriarcal suele otorgarle a la prole. Judith Butler (2006:179) ha sugerido que “la figura del hijo es un lugar erotizado en la reproducción de la cultura” no sólo porque pone en juego la cuestión de la trasmisión y de la reproducción sino también porque implícitamente plantea en qué términos esa cultura futura será definida. En el caso que le interesa a Butler, es la heterosexualidad la que está en el centro de ese propósito de trasmisión cultural; en el análisis de la cultura revolucionaria del PRT-ERP, el tema de la trasmisión y lo trasmisible, se relaciona no sólo con la heterosexualidad –que también está presente– sino principalmente con la difusión de los valores morales “revolucionarios”. Por ello existía una fuerte preocupación acerca de quién criaría a los hijos de los militantes presos o desaparecidos. El partido no quería que los hijos fueran criados por sus familias de origen, quienes –suponían los militantes– los reintroducirían en un modo de vida asociado a la cultura burguesa. Los hijos de los compañeros muertos o prisioneros debían quedar al cuidado de otros militantes porque si quedaran al cuidado de sus abuelos o tíos perderían todo el trabajo de “lucha contra el individualismo burgués y pequeño-burgués” que hubieran realizado sus padres revolucionarios” (ídem).

Para los hijos, por los hijos

El tema de los niños y la violencia política retorna una y otra vez en los testimonios actuales de las y los militantes del PRT-ERP. En ocasiones el tema es rememorado de modo más reflexivo, posibilitando la toma de posición, otras veces, la cuestión de los hijos es narrada, pero ubicándose en la superficie del relato sin implicar una toma de posición por parte de quien da su testimonio. De esta manera, más allá de las diferencias, el tópico de los hijos se presenta

como uno de los ejes centrales a través de los cuales, los protagonistas de aquél período, generan pensamientos (más o menos reflexivos) sobre la política revolucionaria de los setenta.³²⁵ En la mayoría de los casos las narraciones evocan cuestiones referidas a los hijos que en aquél momento eran pequeños y no estaban en condiciones de tomar decisiones por sí mismos.³²⁶

Es llamativo que en contextos de clandestinidad y violencia política, los militantes eligieran tener hijos. Principalmente en el caso de las mujeres, sobre quienes más recaía el peso del cuidado de los hijos y quienes en definitiva se embarazaban y parían. No obstante, las maternidades fueron decididas por las mujeres y postuladas por las propias organizaciones (Oberti, 2011). Como ya se mencionó, el PRT-ERP promovía el nacimiento de niños porque los hijos debían enfrentar junto a sus padres los riesgos de la militancia.³²⁷

La necesidad por parte de los militantes de referirse a sus vínculos filiales cuando dan cuenta de los devenires problemáticos de la militancia, es la cifra de que las cuestiones cotidianas, familiares y privadas fueron centrales a la escena política y militar.³²⁸

³²⁵ Eje que emerge no sólo en los testimonios de militantes sino que está presente también en otros registros testimoniales como por ejemplo la novela testimonial *Los compañeros de Rolo Diez* (2000). Allí el autor reflexiona no sólo sobre las decisiones que los adultos tomaban sobre las vidas de sus hijos, sino también sobre los miedos de los padres militantes ante la posibilidad de su propia muerte, que los lleva a establecer pactos con otros compañeros para que se hagan cargo de la crianza de sus hijos ante algún inconveniente; acuerdos que se establecían para evitar que los niños fueran criados por sus familiares dentro de parámetros “burgueses”.

³²⁶ Existe también otra serie de vínculos filiales conformada por padres e hijos que participaron juntos en la política revolucionaria. Es el caso, por ejemplo, de Rodolfo Walsh y su hija Victoria (“Vicky”), ambos militantes de Montoneros. María Moreno (2004) analiza los modos en que los vínculos entre militancia y filiación se pusieron en juego en la relación padre-hija, mediante el estudio de las cartas que Walsh le escribiera a Victoria tras su muerte en un enfrentamiento.

³²⁷ Esta opción por la maternidad parece ser una característica de la izquierda revolucionaria argentina. Como señala Lilian Back (2011), las organizaciones armadas brasileñas, parecen haber tenido otro criterio. En muchos casos, cuando una mujer quedaba embarazada, la cuestión era discutía en las reuniones y se podía sugerir u obligar a la mujer a que se realizara un aborto, puesto que el embarazo era considerado incompatible con la práctica de la organización. La misma cuestión destaca Ricardo Melgar Bao (2005), quien afirma que la maternidad no es deseable y tiende a ser proscripta entre las guerrilleras de las FARC colombianas.

³²⁸ Esta presencia de la cuestión de los hijos había tenido su correlato en los años de la militancia en las cartas que los padres y las madres militantes les escribieran a sus hijas e hijos,

Si la cuestión de los hijos y la responsabilidad de las madres y los padres militantes es un tema presente en los testimonios, esas apariciones son más que heterogéneas, no sólo porque las historias y los modos en que los hijos participaron de los devenires de la militancia son diferentes sino porque difieren el modo del recuerdo, de la evaluación sobre lo sucedido y de las responsabilidades e implicancias que los militantes asumen en el presente del testimonio.

“Las de Caín”. La historia del hijo contada por el padre

En el caso del relato testimonial de Julio Santucho³²⁹ las menciones a la historia de su hijo Camilo, el primogénito, son recurrentes. Este hijo encarna un elemento paradójico en el relato de Santucho, su presencia aflora en diferentes y diversas escenas expresando la tensión entre la vida familiar y la vida de la militancia. Y si bien Santucho no parece hacerse cargo de las tensiones que su relato construye acerca de la infancia de su hijo, en un momento afirma que con menos de cuatro años su hijo “ya había sufrido las de Caín”. La primera vez que Santucho se refiere a su hijo es cuando narra su estadía en una escuela de formación del PRT-ERP:

Julio Santucho: Y en el '73 nace Camilo, en septiembre, y nos toca ir a la escuela del Partido, esto debe haber sido en el verano del '73-'74. Nos invitan a la escuela y vamos los dos, o sea, los tres: Cristina, yo y Camilo. La escuela se hacía en Córdoba, en un pueblo ahí en Santa Rosa de Cala-

especialmente cuando comenzaba a hacerse evidente que estaban expuestos a diversos peligros que podrían conducirlos a perder la vida o cuando caían presos. Esas cartas asumieron diversos sentidos: desde justificaciones políticas por la elección de la violencia armada que conducía a la ausencia de padres y madres en pos de un futuro mejor para los hijos (y la sociedad en su conjunto), hasta la asunción de la organización de la vida cotidiana desde la cárcel (Amado, 2009; 2011).

³²⁹ Memoria Abierta (2012). Julio Santucho nació en Santiago del estero, hermano de Mario Roberto Santucho líder del PRT-ERP, es el menor de los diez hermanos Santucho. Si bien es Licenciado en Teología decidió no convertirse en cura y en 1969 comienza a militar en el PRT-ERP, donde fue instructor de las escuelas de formación política. En 1972 se casa con Cristina Navajas, madre de sus dos primeros hijos, que se encuentra desaparecida desde julio de 1976. Julio Santucho se exilió en 1976 y retornó a la Argentina en 1992. Tuvo una tercera hija en Italia donde formó una nueva pareja. Actualmente coordina el Festival Internacional de Cine de Derechos Humanos (Der-HumALC), que se realiza en Argentina. En 2004 Julio Santucho publicó *Los últimos guevaristas. La guerrilla marxista en la Argentina* donde realiza una historia partidaria del PRT-ERP.

muchita, en una casa de veraneo, como se hacían todas las escuelas, ¿no? Bueno, ahí fuimos nosotros de alumnos, estuvimos 15 días, y estaba Ortolani que enseñaba Filosofía, estaba Silvia Hodgers, Lucía que desapareció, bueno, había un grupo de instructores que era gente muy formada, que nos gustó muchísimo la experiencia, porque además era esa experiencia de vida colectiva esos 15 días, de conocer gente de todo el país, de distintas extracciones, de distintas experiencias, y además se vive como en un campamento, ¿no? Se turna el que cocina, el que limpia, el que hace guardia. Me acuerdo que Camilo se nos enfermó, le agarró una fiebre alta, y lo tuvimos que llevar al Hospital, porque además le dieron convulsiones –esa fue una situación que tuvo cuando era chiquito y después le pasó-, así que gracias a eso conocimos el lugar, porque normalmente no sabíamos en qué lugar estábamos, ¿no? Normalmente cuando uno va a la escuela no sabe dónde está, porque ya vamos tabicados, suponete desde Córdoba y uno piensa que está en Calamuchita, o en La Falda o en Cosquín, no se sabe. [El destacado me pertenece]

El relato de Santucho parece avanzar sobre los devenires problemáticos de la vida de su hijo Camilo sin hacer evaluaciones sobre esos hechos, sólo describiéndolos. Más allá de cierta referencia a su responsabilidad como padres asumida mediante el “se nos enfermó”, el hijo con convulsiones se presenta como aquello que les permite conocer el lugar, cuestión que hubiera sido imposible si el niño no se hubiera enfermado, puesto que los militantes llegaban tabicados a las escuelas de formación y no sabían en donde estaban.

Como escuchas del testimonio se experimenta cierta extrañeza frente a este relato que no parece mostrar consternación frente a las convulsiones de un niño de meses de edad, sino que por el contrario afirma que “gracias” ha dicho suceso pudieron conocer el lugar, rompiendo las reglas del partido. El recuerdo de la fiebre y las convulsiones de Camilo parece actualizarse porque se constituyó en un elemento paradójico en ese contexto. Un contexto en el cual las reglas debían ser rotas para poder llevar a un bebé enfermo al hospital.

Santucho continúa describiendo la función de las escuelas del partido y a los modos en que se organizaba la vida cotidiana y la distribución de tareas en las casas operativas. Una nueva mención a su hijo, Camilo, surge cuando se refiere al momento en que él parte al exterior al ser nombrado miembro del

Comité Central en 1976 y designado para organizar el trabajo internacional después del golpe de Estado. En ese momento su mujer Cristina Navajas, que residía en el hogar de su cuñada Manuela Santucho (ubicado en la calle Warnes), en secuestrada.³³⁰ Como en julio de 1976 aún no existía la orden de que secuestraran también a los hijos de los militantes, su hijo Camilo (de 3 años), junto con su otro hijo Miguel y su sobrino Diego (ambos de 1 año) fueron dejados con la vecina quien, finalmente, llamó a la suegra de Santucho para que se los llevara con ella. Santucho, quien estaba en Roma en el momento del secuestro de su esposa, se entera de lo sucedido días más tarde. Tal como había pactado con su mujer, en caso de que a ella le pasara algo, pide al resto de los integrantes del Comité Central regresar a la Argentina para buscar a sus hijos, pero no se lo permiten. Por lo que son los chicos quienes deberán salir del país. Santucho continúa narrando el trabajo que le costó convencer no sólo a su suegra sino también a Camilo porque: “lo único que tenía era la abuela, pero en un momento aceptó, tenía tres años y medio pero ya había sufrido las de Caín”.

La que sigue, dice Julio Santucho, “es una historia clandestina como esa de la película de Benjamín Ávila”.³³¹ Camilo sale del país con su hermano y una pareja de militantes que representaban a sus padres, con documentos falsos: “El documento de Camilo decía Tomás, tenía que decir que se llamaba Tomás. (...) Ni bien lo veo a Camilo le digo: «a tu mamá se la llevaron los militares y no sabemos a dónde está». Y él me dice: «ah, entonces no es que me habían abandonado»”.

Si el relato de Santucho se muestra como principalmente descriptivo, hay momentos como éste –en el cual él menciona que su hijo temía que lo hubieran abandonado–, donde se puede escuchar cierta evaluación sobre lo sucedido. No podemos saber a ciencia cierta de un niño de tres años y medio pudo enunciar dicha frase, lo que sí sabemos es que en el relato que Santucho construye acerca del modo en que su hijo vivió esa situación (de secuestro

³³⁰ La tarde del 13 de julio de 1976 Carlos Santucho, hermano de Julio, es secuestrado en su lugar de trabajo y conducido al lugar conocido como “Automotores Orletti”. Carlos no era militante del PRT-ERP porque era peronista. Como resultado de la detención de Carlos, esa misma noche Cristina Navajas, Manuela Santucho y otra compañera, son secuestradas en el domicilio de la calle Warnes.

³³¹ Julio Santucho se refiere a *Infancia clandestina* (2012) el film de Benjamín Ávila

de su madre mientras su padre estaba en el exterior), el tópico del abandono se hace presente.

Si bien la frase “sufrió las de Caín” forma parte de la cultura popular para referirse a quien ha pasado situaciones difíciles, no deja de llamar la atención esta referencia a un relato bíblico considerando que Julio Santucho antes de casarse con Cristina Navajas había estudiado teología porque tenía intenciones de ser cura. Por otra parte, en la situación familiar Camilo es, al igual que Caín, el primogénito. Finalmente, el sentido menos evidente refiere a los modos en que los hijos pagan en sus vidas los pecados de los padres. Recordemos que Caín fue el primer hijo que tuvieron Adán y Eva tras ser deserrados del paraíso por Dios, a causa de su desobediencia frente a la orden de no comer del árbol de la ciencia del bien y el mal.

El no de una madre

A diferencia del relato que realiza Julio Santucho sobre los acontecimientos vividos por su hijo donde su evaluación aparece difusa, en el modo en que Alicia Sanguinetti narra los vínculos entre militancia y filiación se puede escuchar una fuerte valoración personal sobre las acciones realizadas por ella y por el partido como colectivo.

Esta evaluación que realiza Sanguinetti sobre las formas en las que se resolvían las cuestiones de los hijos en la militancia no es una excepción sino que hace serie con otras críticas que ella elabora a lo largo de su testimonio. Sanguinetti realiza diversos cuestionamientos a los modos de organización de la militancia en el PRT-ERP: desde la disciplina muy estricta hasta la rotura de los lazos personales, desde el no poder pararse a pensar en el momento más álgido de la represión para tomar buenas decisiones hasta las “macanas” con el tema de los chicos. Son interrogantes y apreciaciones que en muchos casos se superponen con un relato que intenta ser meramente descriptivo (como si la descripción se tocara con la objetividad) pero que acompañados de gestos corporales (gestos del no, gestos del sí, sonrisas, risas, muecas de consternación) no dejan de expresar su valoración sobre los hechos narrados.

A continuación presento parte del relato de Alicia Sanguinetti sobre el modo en que se resolvían las cuestiones ligadas a los niños y los riegos que ella cree se corrían. Lo que se priorizaba y sus consecuencias. Y aquello que la distancia le permite ver y evaluar en el presente del testimonio.

Alicia Sanguinetti:...estaba en ese momento la creación, el criterio de formar el hombre nuevo y dentro del hombre nuevo, nuestros hijos iban a ser los hombres nuevos del mañana, ¿no? Pero bueno, también dentro de eso *nos hemos mandado muchas cagadas*. Especialmente, en muchos casos posponer, priorizar la militancia al chico, hacerlos a veces vivir grandes inseguridades. O sea, la inseguridad existía pero además dentro de esa inseguridad hacer cosas más inseguras todavía, ¿viste? Estarlos cambiando de casa en casa con el criterio de que bueno íbamos a hacer la revolución, íbamos a tomar el poder, los chicos que se lo bancaran. Y no es tan así. Uno a distancia *ve que uno a veces ha hecho grandes macanas con el tema de los chicos*. Después incluso en un momento dado, cuando ya la represión estaba al tope, se había sacado la idea de que —algunos compañeros lo hicieron—, había que mandar los chicos afuera, que se mandara los chicos con familiares o que se mandaran los chicos con compañeros militantes a Cuba por ejemplo, a un lugar seguro. Esas fueron discusiones, unos lo hicieron otros no. Y después de eso bueno, compañeros que estaban saltando de casa en casa, los pibes no podían ir a la escuela y demás. Esas fueron en cierta manera discusiones dentro del partido. No fue en ese sentido mi caso porque bueno, me tocó justo, ya mi compañero había desaparecido, o sea, nació Alberto mi hijo, *yo seguí militando* hasta principios del '77, cuando llega la orden de que frente a la tremenda represión todo el mundo tratara de irse del país o de plegarse a las masas y quedarse quietito. *A mí se me plantea irme del país pero no había documentación, me dijeron que me fuera que después me llevaban a mi hijo. Pero yo no lo acepté y me quedé con mi hijo. Mi hijo en ese momento era chico, tenía dos años, así que yo después ya posteriormente me dediqué a full con él*. Pero verdaderamente nuestros hijos corrieron mucho riesgo. Bueno, la demostración fue posteriormente ya en el '76, '77 la tremenda cantidad de chicos que desaparecieron, no solamente los padres sino también los hijos, ¿no? [El destacado me pertenece]

La argumentación se organiza desplazándose de un nosotros inclusivo (el partido, el colectivo: “nos hemos mandado...”) hacia un sujeto individual que aún conserva los rasgos del colectivo (“uno a distancia ve”, dice ella) para finalmente asumir la primera persona del singular: “yo seguí militan-

do”, “yo no lo acepté”. Distinción del yo que ocurre como resultado de una diferencia en la proximidad, es un separarse en función de un estar con otros (Nancy, 2007).

El relato de Sanguinetti se compone de tres capas superpuestas. Una primera dimensión fuertemente descriptiva, en la cual ella presenta los criterios asumidos por el colectivo frente a diferentes tópicos. Por ejemplo, en los casos en que puntualiza las nociones del partido acerca de la formación del hombre nuevo y de que los hijos se constituirían en los hombres nuevos del futuro. Y también cuando menciona las ideas sobre la necesidad de sacar a los chicos a Cuba con familiares u otros compañeros.

Una segunda dimensión de su relato es aquella que se refiere no ya a los criterios sino a los modos en que esos mandatos e ideas se resolvían en la práctica, a las discusiones que se generaban al interior del colectivo y a lo que significaban en el día a día de una familia militante con hijos. Si había inseguridades por el contexto de militancia clandestina y la represión, en algunos casos esa inseguridad se maximizaba mediante decisiones que eran problemáticas, como las diversas mudanzas de vivienda, que hacían que en muchos casos los chicos no pudieran asistir a la escuela o tuvieran que cambiarse recurrentemente.

Sin embargo, como destaca Sanguinetti, había criterios generales pero tras las discusiones fue cada uno quien resolvió, de alguna manera, su propio accionar. Esta es la tercera dimensión que aparece en su relato: la de las decisiones personales, la de la primera persona de la enunciación. Alicia Sanguinetti hubiera querido poder tomarse el tiempo necesario para pensar y actuar mejor en el contexto de violencia indiscriminada que había comenzado en 1975. Este darse el tiempo aparece efectivamente realizado —en su recuerdo, en su relato— cuando se trató de resolver si salía sola del país hacia el exilio y luego salía su hijo de sólo dos años o se quedaba con él. En el momento en que Sanguinetti rememora dicha situación, la narración asume fuertemente la primera persona del singular, para dar cuenta de las propias decisiones en el contexto de los criterios que el partido hacía circular: le hacen una propuesta pero ella la rechaza. En su intento de dar cuenta de sí, Alicia Sanguinetti ubica en el centro de su argumentación ese momento en que dijo que no. Ese episodio la ubica tomando una decisión propia, que tiene consecuencias en el presente. Es literalmente una decisión de vida o muerte.

Judith Butler (2009) sostiene que el acto de narrar en el que un yo es invocado no sólo supone la narración de la historia de la vida de ese yo, sino que en esa narración el yo es constituido de modo performativo. La narración es un acto de elaboración y de posicionamiento del yo respecto a los otros, y respecto a las propias acciones y decisiones. El yo que se construye en estos relatos es un yo que al narrarse se articula como un agente causal, esto quiere decir, que ellas dan cuenta de los modos en que sus sí y sus no tuvieron efectos no sólo en sus propias vidas sino también en las de los otros.

Responder

El relato de Eduardo Anguita³³² difiere de los de Julio Santucho y Alicia Sanguinetti, porque posee la particularidad de intentar pensar y hacerse responsable por los devenires y peligros corridos por los hijos de los militantes pero que son los hijos de otros, no los propios, porque él no tiene hijos.³³³ Cuando la entrevistadora le pregunta por el balance de su experiencia, él responde que no puede hacer uno solo sino que le parece más adecuado hacer un balance de su militancia en el PRT-ERP, por un lado, y de su pasaje por la cárcel, por otro. Respecto de su balance de la militancia dice:

Eduardo Anguita: De mi balance en el PRT-ERP tengo un balance muy

³³² Memoria Abierta (2001). Eduardo fue militante del PRT-ERP y preso político entre septiembre de 1973 y 1984. Su madre, Matilde Vara de Anguita, fue secuestrada en julio de 1978 y permanece desaparecida. Eduardo es periodista y escritor. Junto a Martín Caparrós es co-autor de *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina (1997/1998)*.

³³³ El tema de los devenires de los hijos de los militantes parece haber dejado una marca subjetiva fuerte en Eduardo Anguita. Su novela *La compañía de monte* (2005) ubicada entre la ficción y el género testimonial narra la historia de tres militantes (Alejandro, Dalmiro y Ramón) que participaron en la guerrilla rural del PRT-ERP. La novela alterna dos periodos temporales: el de los hechos narrados (lo ocurrido en la guerrilla en Tucumán) y el del presente (que es el de la escritura), donde tres militantes sobrevivientes, que están por encontrarse para comer un asado en memoria del Hippie, otro militante que murió en el monte, hacen una evaluación de lo ocurrido, ajustando cuentas con el pasado. Uno de los ejes centrales del libro es la cuestión de los hijos y la transmisión entre las generaciones. El personaje de Esperanza, una joven que conoce Alejandro, quien es hija de una antigua compañera, pone en primer plano una diversidad de interrogantes sobre la generación protagonista de los setenta. De igual forma, en la argumentación de la novela tiene suma importancia la escena en que los tres militantes leen una carta que el Hippie le dejó a su hija Ana.

crítico, extremadamente crítico. Creo que es una experiencia que hay que tenerla muy en cuenta por lo audaz y hay que tenerla muy en cuenta por el intento de querer participar desde un cambio social con una idea acabada para todo. Digo, el PRT-ERP tenía hasta documentos internos de cómo había que criar a los hijos, ¿no? Y el otro día vino a verme una chica, que me dijo: “vos escribiste sobre mi padre en La voluntad”, y yo no me acordaba ni el apellido del padre, cuando me dijo el seudónimo me acordé. Me vino a ver y su padre y su madre habían muerto en marzo del ‘76 en una reunión muy grande de la dirigencia del PRT-ERP, en la cual estaban como 80 dirigentes, 50 dirigentes del PRT-ERP, algunos de los cuales habían ido con sus hijos. Cayó la policía, se produjo un combate y lo que yo había escrito sobre esta chica era algo que me había contado uno de los que se escapó de esa casa, que era una quinta. Este militante me había dicho: “me acuerdo cómo cuando empezaron los tiros, la hija del Capitán Pepe estaba abrazada del cuello y él la tuvo que separar y dejarla”. Bueno, yo sabía que el Capitán Pepe había muerto inmediatamente después porque lo agarraron vivo, formalmente está desaparecido. No sabía quién era esta chica, cuando lo escribí era la hija del Capitán Pepe, esta chica se llama Florencia, en ese entonces había cumplido ese día cuatro años. Hoy quiere reconstruir su vida, parte de su vida en la historia de sus padres, que su madre también murió ese día. Y es una chica que es diseñadora textil, es totalmente normal, tiene un entusiasmo bárbaro y, sin embargo, los militantes del PRT-ERP tenemos que explicarle a ella por qué sus padres no la llevaron a ella ahí por una decisión personal sino que la llevaron porque era la modalidad en una organización que decía que los hijos de los militantes bla, bla, bla. Yo me adelanto a una explicación que es, si 70 militantes hacen una reunión en un momento de absoluta clandestinidad que pretende ser jolgorio de amigos, indudablemente el hecho de que haya chicos le da verosimilitud a que eso es un jolgorio. Y si después de varios años de guerrilla, quienes planean eso, no saben que poner a un chico de escudo en un combate es una cosa que no puede estar permitida, digo, si la organización PRT-ERP en el año ‘74 se había autocrítico de la muerte de la hija del Capitán Viola porque el comando que fue a actuar no tuvo los reflejos para decir: “no, nosotros no disparamos cuando un enemigo -si es que lo fuera- está

con su hija en brazos o de la mano”, si ese militante del año ‘74 disparó, fue sancionado, fue evaluado y dos años después Florencia se salva pero junto con otros tres o cuatro chicos son sobrevivientes de una reunión así, me parece que a la autocrítica hay que entrarle también por el lado de qué le dejamos a la generación de los hijos de militantes del PRT-ERP, a quienes les decíamos: “ustedes son los hijos del socialismo” y les dejamos, además de ese manual de moral y proletarización, les dejamos una generación de gente desaparecida, muerta, desarticulada, en muchos casos quebrada, en muchos casos asustada, y en otros casos, con la carga de responsabilidad o de intento de responsabilidad que te agobia y que no te da esa mano optimista, esa mano de hacer de un desierto un vergel, sino una mano en todo caso de ayuda pero no una mano de grandes promesas.

Como se observa en el fragmento citado, la reflexión sobre su experiencia de militancia se organiza en torno al tema de la responsabilidad de los militantes por los hijos (propios y ajenos). Para Anguita la autocrítica sobre la política revolucionaria de los años ‘70 debe incorporar esa cuestión porque los peligros que corrieron, muchas veces, los niños no fueron resultado de decisiones personales de sus padres sino de modos de organización política asumidos por el PRT-ERP.

El relato parte de la narración de una anécdota personal, la hija de un militante desaparecido fue a visitarlo porque él había escrito sobre su padre en *La Voluntad*. Mediante una enunciación citada, el relato introduce a la voz de Florencia (“vos escribiste sobre mi padre en *La voluntad*”), la hace presente a ella, exhibiendo la fuerza de esas palabras ajenas que desataron su reflexión. Así, tras la aparición de la voz de Florencia, en el relato de Anguita emerge la necesidad de disculparse personalmente (con ella, con los otros que escuchan) por cierto desconocimiento a partir del cual, sin embargo, escribió la historia de esa chica (“yo no me acordaba”, “yo sabía”, “yo no sabía”).

En un segundo momento la narración instala como sujeto del enunciado un nosotros inclusivo con un verbo en presente (“los militantes del PRT-ERP tenemos que explicarle a ella por qué...”). Esta es una deuda actual de los militantes con Florencia y con muchos otros hijos.

Luego, en un tercer momento, la narración retorna al yo (“Yo me adelanto a una explicación”, “digo”) para poder pensar su posición personal respec-

to a la cuestión e intentar dar alguna respuesta a Florencia sobre sus padres y sobre sí misma. Esa posición personal surge mediante un rodeo, mediante la inclusión de la voz de un otro ficticio. En esta parte final de la reflexión se incluyen las palabras que podrían haber sido dichas por el comando que mató a la hija del Capitán Viola, si hubieran actuado desde el punto de vista que el enunciador evalúa como correcto (“no, nosotros no disparamos cuando un enemigo -si es que lo fuera- está con su hija en brazos o de la mano”).

Finalmente, la narración se cierra volviendo al nosotros y reflexionando sobre las deudas con los hijos de los militantes, al mismo tiempo en que describe y evalúa (desde ese nosotros) la situación psíquica y afectiva en la que quedó la generación de militantes de los setenta tras la dictadura militar: desaparecidos, desarticulados, quebrados, muertos, asustados, agobiados.

Este fragmento testimonial pone en escena una multiplicidad de enunciadores. Evoca una variedad de voces ajenas que le permiten ir estableciendo su punto de vista, su posición personal. En el devenir del relato Anguita intenta hacer que entendamos su razonamiento, que comprendamos cómo se sintió cuando Florencia fue a verlo y él no sabía bien su historia, a pesar de que la había escrito. Por otra parte, la fluctuación entre el nosotros y el yo es constante pero el regreso al yo es imprescindible cuando se trata de dar cuenta de sí mismo y no sólo de la posición del sujeto como integrante de un colectivo.

Que la responsabilidad por la participación en la violencia política aparezca unida, en muchos de los testimonios, al tema de los problemas que implicó la militancia de los padres para los hijos –desde la asistencia a la escuela, los cambios de domicilio, el llevar nombres falsos, hasta el haber crecido en hogares truncados ante la desaparición de uno o los dos progenitores– es la cifra de que muchas de las normativas relativas a los vínculos entre la vida privada y la vida pública de la militancia son discutidos y puestos en duda en la actualidad de esos relatos. Al menos eso es lo que se expresa cuando Alicia Sanguinetti o Eduardo Anguita se refieren a diversas situaciones en las que el partido debería haber intervenido, situaciones que debería haber contemplado o codificado, y no lo hizo.

Palabras finales

En las décadas del ‘60 y del ‘70, la divulgación de diversas corrientes psicológicas y psicoanalíticas configuró un nuevo imaginario sobre la infancia en

Argentina. Ya desde los años '50 se había comenzado a conformar un paradigma psicológico de crianza, que reafirmaba la importancia de la condición maternal y en los '60 junto con la consolidación de dicho modelo maternal emergió una nueva forma de paternidad que supuso una mayor participación de los varones en el cuidado de los hijos y una relación más afectiva con ellos (Cosse, 2010).

En ese contexto, el discurso del PRT-ERP relativo a los vínculos entre infancia y revolución, se articuló alrededor de dos ejes. Uno (que circuló principalmente en la prensa) llamativamente representaba a los niños formando parte en diversos contextos de guerras revolucionarias pero, sin embargo, no articulaba ningún tipo de pedagogía formal ni asignaba funciones o tareas precisas a asumir por parte de los niños en la militancia. Otro (presente primordialmente en los documentos internos) se articulaba alrededor de la figura del *hombre nuevo* y posicionaba a los hijos como herederos de la revolución, otorgándole valor a su crianza en tanto se constituirían en las futuras generaciones socialistas. Este modo de entender los legados de padres a hijos presentaba líneas de continuidad con el lugar que el sistema capitalista y patriarcal suele otorgarle a la prole.

De esta manera, más allá de estas menciones discursivas a las relaciones entre infancia y revolución, la organización no parece haber tenido una política precisa para evitar los efectos y los peligros que los niños podían sufrir como consecuencia de la militancia de sus padres y madres, ni formalizó una propuesta pedagógica más allá de mínimas advertencias que se localizaron en los documentos de circulación interna.

Por otra parte, si bien se instaba a la denominada “crianza colectiva”, el cuidado de los niños aparecía subvalorado en la escala de las actividades revolucionarias: para el discurso partidario no era en los cambios en el espacio doméstico y privado donde se jugaba la revolución.

No obstante, como he analizado en los testimonios, la insistencia de las narraciones en referirse a las responsabilidades de los militantes por los devenires de las hijas y los hijos ponen en escena lo implicados que estuvieron lo doméstico, lo familiar y lo político en la militancia de aquellos años. En otras palabras, exhiben el rol político de dichos espacios.

En este sentido, no quiero dejar de destacar aquellos casos en los que los relatos testimoniales dan cuenta de episodios de desbordes de la norma partidaria, como fue el del pequeño hijo de Julio Santucho que sólo pudo ser

llevado al hospital al precio de quebrar la norma del tabicamiento. Dichos desbordes eran requeridos porque sólo aquello considerado con implicancias para el proceso revolucionario fue incluido en los códigos del partido, mientras que otras cuestiones relativas a la vida cotidiana nunca fueron codificadas por carecer de valor político.

Finalmente, si la figura del hijo se presentaba en los discursos producidos por el partido en los años setenta como aquél que tenía el deber de heredar el futuro transformado —y por ello traer hijos al mundo fue casi también un mandato partidario—, en el tiempo de los testimonios esa figura se desplaza para condensar otros sentidos, menos aventurados (de herederos de un futuro mejor se deslizan hacia herederos de una tragedia). De esta manera, las y los militantes que dan su testimonio, posicionándose como madres y padres, se hacen preguntas y responden por la herencia que han legado, construyendo sus relatos, al menos en los tramos referidos a estos temas, con un eje fuerte en responder, en su doble sentido de dar respuesta y de responsabilidad.³³⁴

Seguramente muchas de estas respuestas sean el resultado de las interpelaciones y las preguntas incómodas que, como Natalia Bruschtein en su film documental, los hijos y las hijas de militantes y desaparecidos (esos que vivieron su infancia bajo el manto de la revolución) no han dejado de lanzar hacia la generación de sus padres militantes, aportando sin dudas a la construcción social de discursos críticos sobre ese pasado.

³³⁴ Es Bajtin (2005) quien enlaza en un plano ético la doble acepción de respuesta y responsabilidad que posee todo enunciado como consecuencia de su carácter dialógico

Bibliografía

Testimonios del Archivo Oral de Memoria Abierta citados

- Memoria Abierta (2001). *Testimonio de Eduardo Anguita*, Buenos Aires.
Memoria Abierta (2002). *Testimonio de Alicia Sanguinetti*, Buenos Aires.
Memoria abierta (2012). *Testimonio de Julio Santucho*. Buenos Aires.

Prensa y documentos del PRT-ERP citados

- ERP. “Un palmo de tierra”, *Estrella Roja*. N° 59. 1975
ERP. “Relatos de la guerra revolucionaria: Los niños guerrilleros. Colombia”. *Estrella roja*, N° 40. Septiembre de 1974
ERP. “Relatos de la Guerra Revolucionaria: Vietnam. Nacida en la lucha”. *Estrella Roja*. N° 46. 1974.
Ortolani, Luis. (1972). Moral y proletarización. Reproducido en Políticas de la Memoria N° 5, (2004/5) Buenos Aires, verano. [Originalmente publicado con el seudónimo Julio Parra en *La gaviota blindada*, N° 0, Rawson]
PRT. “Construcción del socialismo. Cuba. El papel de la familia en el socialismo”. *El Combatiente*. N° 176. 1975

Films y textos literarios citados

- Alcoba, Laura (2008). *La casa de los conejos*, Buenos Aires: Edhasa.
Anguita, Eduardo (2005). *La compañía de monte*. Buenos Aires: Planeta.
Bruschtein, Natalia (Dirección y Guión). (2004) *Encontrando a Víctor* (Mediometraje, 30:39 min.). México. Producción de Ángeles Castro.
Bruzzone, Félix (2008). *76*, Buenos Aires, Tamarisco.
Bruzzone, Félix, (2008). *Los topos*, Buenos Aires, Mondadori
Diez, Rolo, (2000). *Los compañeros, De la Campana*, La Plata
Pérez, Mariana Eva (2012). *Diario de una princesa montonera*. Buenos Aires: capital Intelectual
Pron, Patricio (2012). *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia*, Buenos Aires: Mondadori.
Robles, Raquel (2013). *Pequeños combatientes*. Buenos Aires: Aguilar.
Semán, Patricio (2011). *Soy un bravo piloto de la nueva china*, Buenos Aires: Mondadori
Urondo Raboy, Ángela (2012). *¿Quién te creés que sos?* Buenos Aires: Capital Intelectual

Bibliografía citada

- Amado, Ana (2009). *La imagen justa. Cine argentino y política (1980-2007)*. Buenos Aires: Colihue.
- Amado, Ana (2011). *Nuevos panteones laicos*. MIMEO.
- Argento, Analía (2013). *La guardería montonera. La vida en Cuba de los hijos de la Contraofensiva*, Marea Editorial, Buenos Aires
- Back, Lilian (2011). “Gênero, sacrificio e moral nos grupos de esquerda armada (Brasil e Argentina dos anos 1960 aos 1980)”, en Pedro, J.M.; Scheibe Wolff, C.; Veiga A.M (org.). *Resistências, gênero e feminismos contra as ditaduras no cone sul, Florianópolis*: Ed. Mulheres.
- Bajtín, Mijail (2005). *Estética de la creación verbal*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Barrancos, Dora (1987). “Los niños proselitistas de las vanguardias obreras” Serie Documentos de Trabajo, 24, Buenos Aires: CEIL
- Butler, Judith (2006). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós
- Butler, Judith (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu
- Carli, Sandra (1999). “La construcción social de la infancia”. En Carli, Sandra (comp.), *De la familia a la escuela: infancia, socialización y subjetividad*. Buenos Aires: Santillana.
- Cosse, Isabella (2006). *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar. 1946-1955*. Buenos Aires: FCE.
- Cosse, Isabella (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta* en Buenos Aires. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Grammático, Karin (2011). *Mujeres montoneras. Una historia de la Agrupación Evita, 1973-1974*. Buenos Aires: Luxemburg.
- Melgar Bao, Ricardo (2005). “La dialéctica cultural del combate: morir, matar y renacer en la cultura guerrillera latinoamericana”. *Lucha Armada en Argentina*. 4.
- Moreno, María (2004), “Poner la hija. Cuerpos y cartas”. En Amado, Ana y Domínguez, Nora (comp.) *Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Nancy, Jean-Luc (2007). “Conloquium”. En Esposito, Roberto, *Comunnitas. Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Oberti, Alejandra (2004/2005). “La moral según los revolucionarios”. *Políticas de la memoria*, N° 5.

- Oberti, Alejandra (2011). *Género, política y violencia. Vida cotidiana y militancia en los años sesenta y setenta*. Tesis de Doctorado. Facultad de Ciencias Sociales UBA. Buenos Aires.
- Peller, Mariela (2013), *Vida cotidiana, familia y revolución. La militancia en el PRT-ERP en la Argentina de los años sesenta y setenta*. Tesis de Doctorado. Facultad de Ciencias Sociales. UBA. Buenos Aires.
- Santucho, Julio, ([1988]2004). *Los últimos guevaristas. La guerrilla marxista en la Argentina*. Buenos Aires: Vergara.
- Zuker, Cristina (2005). “*La casita de caramelo*”. *Lucha Armada en la Argentina*, N° 3.